

Acción colectiva y sociabilidad política

Miguel Ángel Mata Salazar*

El número de Sociológica número 57 “Acción Colectiva y Sociabilidad Política”, constituye una publicación que nos proporciona una panorámica enmarcada por las problemáticas que enfrenta el análisis de la acción colectiva y la sociabilidad política dentro de la dinámica de la globalización en la cual presenciamos movilizaciones colectivas diferenciadas. Es decir que en tanto lo característico de los países centrales ha sido la protesta antiglobalización y solidaria con el tercer mundo, al interior de estos la desarticulación social resultante de la gravitación social del mercado da la pauta para acciones defensivas y de resistencia desde la vida cotidiana, trazando en ello incluso orientaciones de carácter conservador, de ahí que en los intersticios de la cotidianidad y su significado se trazan la ruta de algunas de las interrogantes a propósito de las formas de constitución y expresión del sentido de la representación comunitaria y la vinculación de esta con la acción colectiva y/o con las estructuras sociales.

A finales de la década de los setenta Alvin Gouldner en su obra *La crisis de la sociología occidental*¹, diagnosticaba la existencia de una crisis permanente en la sociología occidental cuyo

* Profesor, Facultad de Estudios Superiores Acatlán.

¹ Gouldner, Alvin. *La crisis de la sociología occidental*, Buenos Aires, Amorrortu, 1979, pp. 315-376.

origen se ubicaría en las exigencias planteadas a la investigación desde una doble circunstancia, de una parte una sociología funcionalista hasta entonces hegemónica en occidente y cada vez menos preocupada por la noción de equilibrio social, perspectiva que en todo caso constituía el sustrato básico de los grupos académicos vinculados al *stablismen* político y económico, y por otra una gradual aproximación de este funcionalismo hacia el conflicto, a un grado tal como para establecer una convergencia con el marxismo, circunstancia dada a consecuencia de los desafíos presentados por los cambios sociales del surgimiento y desarrollo del Estado de Bienestar así como de la administración gubernamental de sus contradicciones y por ende de su conflictualidad.

Hacia el inicio de los ochenta, Anthony Giddens tomaba una postura similar para señalar las limitaciones de las dos tradiciones básicas de la sociología para acotar una fase de transición para la sociología, y caracterizar con ello en alguna forma el sentido de la crisis, señalaba Giddens “Ahora los sociólogos se encuentran crónicamente sometidos a sus propias dudas y podríamos preguntar si existe algo realmente anormal en la actual situación de controversia... La respuesta a mi juicio es que sí existe. La ‘crisis’ un término tan trillado y tan poco satisfactorio en sí mismo de la sociología contemporánea es un síntoma de que nos encontramos en una importante fase de transición de

la teoría social... La sociología académica, el funcionalismo estructuralista y su principal soporte interpretativo, las teorías sobre el ‘crepúsculo de las ideologías’, aparecen vacíos y estériles ante el nuevo resurgir de los conflictos políticos y sociales en Occidente. Pero el marxismo, especialmente cuando se transmuta en ideología oficial del socialismo de Estado, aparece igualmente incapaz de enfrentarse con los acontecimientos del pasado reciente.” De esta forma la crisis habría de entenderse como un desarreglo entre la percepción del acontecer social y las perspectivas teórico-metodológicas con las que hasta entonces la sociología había analizado los procesos sociales. Una de las consecuencias de ello fue que a partir de entonces se trazaron los parámetros para el debate en torno al consenso del modelo naturalista de cientificidad que había predominado hasta entonces en las ciencias sociales a través de las referidas tradiciones, un elemento clave para Richard Bernstein en su obra *La reestructuración de la teoría social y política*² para explicar el progresivo interés de la reflexión teórica por el papel del sujeto tanto en el proceso de conocimiento como en la constitución de la vida social, lo que aunado a la celeridad de los cambios sociales de las últimas tres décadas, enmarcados en su profundidad entre otras variables por la crisis del Estado Benefactor, marcan la pauta de una importante fase de transición en la teoría social y política a través de la diversificación de prácticas y corrientes de pensamiento, lo cual tuvo consecuencias tanto en la conceptualización como en la problematización de los presupuestos básicos de la teoría social, cuya sinuosidad ha generado la reflexión y rectificación de los enfoques tradicionales dentro

² Bernstein, Richard, *La reestructuración de la teoría social y política*, México, FCE, 1983, pp. 11-24.

de la sociología ha través de un proceso de crítica y reelaboración teórica.

En un momento más reciente la trascendencia de lo anterior ha sido señalado en el informe de la Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales encabezada por Immanuel Wallerstein³ a través de su argumentación a propósito de la discusión en torno a lo que en este contexto puede significar la noción de objetividad, toda vez que señala que ante esta panorámica uno de los retos fundamentales es ahora encontrar la forma de entenderla, pues señala "...Si lo que entendemos por objetividad es la de los estudiosos perfectamente desapegados que reproducen el mundo social externo a ellos, entonces no creemos que tal fenómeno exista. Pero la objetividad puede tener otro sentido. Puede ser vista como el resultado del aprendizaje humano, que representa la intención de estudio y la evidencia de lo que es posible. Los estudiosos intentan convencerse mutuamente de la validez de los hallazgos y de sus interpretaciones. Apelan al hecho de que han utilizado métodos replicables por otros, métodos cuyos detalles presentan abiertamente a los demás, y apelan a la coherencia y utilidad de sus interpretaciones para explicar la mayor cantidad de datos disponibles, cantidades mayores que las explicadas por otras explicaciones. En suma se presentan a juicio intersubjetivo de todos lo que practican la investigación o piensan sistemáticamente sobre el asunto de que se trate⁴."

Acción Colectiva y Sociabilidad Política puede ser ubicada en este contexto, pues su unidad temática se abre a la pluralidad interpretativa enmarcada por la explicación a la dinámica de lo que los coordinadores llaman en su presentación " los entresijos del tránsito entre lo micro y lo macro " es decir entre el interés por el individuo, la subjetividad y las estructuras sociales, éstas últimas ampliamente estudiadas por las tradiciones teóricas a las que con anterioridad hemos hecho alusión. Así Ludolfo Paramio centra el problema fundamental de la acción colectiva señalando que el elemento central a explicar es el cuando y como un cierto número de personas actuarán conjuntamente con un mismo propósito. A este efecto nos señala como el análisis económico ha trasladado sus esquemas explicativos al ámbito de lo social a través de la teoría de la elección racional, en la cual se parte del supuesto de que los individuos cuentan con la información completa respecto al contexto en el que se desenvuelven y por ende calculan de manera racional en función de maximizar sus utilidades y/o costos a fin de decidir por una u otra opción. Si bien este es el supuesto básico para desentrañar los probables cursos de acción la situación no aparece tan fácil en cuanto

la interrogante principal consiste en saber porque, cuando y en que circunstancias los individuos pueden actuar conjuntamente en función de sus intereses, más aún porque cuando muchos individuos persiguen un fin común pueden obtener precisamente lo contrario a lo deseado, es decir situaciones en las que buscando el máximo beneficio individual se obtiene la peor situación para la colectividad. Se trata de una exploración fenomenológica de la acción individual que en alguna forma tiene su origen en Max Weber y los tipos ideales de acción en los que la acción racional con arreglo a fines es considerada la forma principal en la configuración de la sociedad moderna, no resulta casual en este sentido el que la teoría de la decisión racional a través de su fuerte sustrato utilitarista haya postulado a través de Olson la necesidad de pensar en incentivos de carácter selectivo para la participación en la acción y explicar a través de ellos el porqué de la acción en determinadas circunstancias, las cuales son acotada por las organizaciones y los incentivos que proporcionan a su interior. Llegado a este punto nos encontramos la propuesta para una convergencia entre la perspectiva utilitaria y la subjetividad, pues señala Paramio que incluso la decisión más utilitaria habrá de darse dentro de un cierto contexto desde el que se constituye la identidad del individuo, así señala Paramio la renuncia a una identidad para adscribirse a otra bien puede resultar una estrategia que permita obtener ventajas comparativas, es decir distanciarse de un grupo de origen para obtener beneficios de la integración a otro.

Charles Tilly nos presenta un interesante artículo que en los momentos actuales propone una tesis central a propósito de una circunstancia que en las teorías de la transición a la democracia parece no haber sido ponderada en toda su amplitud, La democracia mediante la lucha política. Los presupuestos sobre la transición descansan básicamente en la idea de que la caída de un régimen democrático es resultado de la movilización desde abajo y el consentimiento paulatino de las elites para reconocer derechos políticos, o de las disposiciones estratégicas de las elites en términos de costos y beneficios ante los probables escenarios políticos, como en Adam Pzeworski. Tilly nos propone una tipología constituida en un primer modelo por la relación entre cultura y valores de la lucha política sedimentados en las dimensiones de la nacionalidad, esto se constituye en un supuesto básico para comprender los alcances y limitaciones de carácter colectivo ante retos que representa el horizonte de posibilidades de consolidación de la democracia, pues en todo caso ello implica ponderar la trascendencia de la historia y la cultura en procesos de cambio político lo que, dependiendo de las especificidades historias, cancela las visiones optimistas respecto a las posibilidades de corto plazo para la realización efectiva de la democracia. El segundo tipo son las historias del arte

³ Wallerstein Immanuel (coord.), Abrir las ciencias sociales, México, Siglo XXI, 1996, 114 p.

⁴ Ibid., p.99.

referidas a las virtudes de los políticos para manufacturar instituciones democráticas. El tercer tipo son las historias de lucha, resultado de un conflicto entre gobernantes, actores políticos y movilizaciones de la población. De hecho la idea de democratización, circunscrita a los derechos electorales en los estudios dominantes de la transición, es abordada con una óptica diferente por Charles Tilly pues afirma: “Por democratización me refiero a incrementos en la magnitud y equidad de la participación política, a consultas obligadas a la población respecto al personal, recursos y políticas estatales y a la protección de esa población ante acciones arbitrarias de los agentes del gobierno” De esta suerte la lucha presenta distintas formas como la conquista, la confrontación, la colonización y la revolución.

En Los rituales y la construcción simbólica de la política Alvaro López Lara recupera la tradición del pensamiento de Durkheim a partir de la intervención de las normas, creencias colectivas e incluso elementos de carácter emocional para dar cuenta de la centralidad que tienen los rituales del poder en la conformación de la credibilidad y por ende de los parámetros de la legitimidad política. Así un tanto a contracorriente de la racionalidad estratégica, ponderada como elemento de análisis de la acción colectiva por Ludolfo Paramio, Alvaro López Lara otorga una centralidad a la dimensión simbólica del poder y al citar a Víctor Turner afirma: “Dentro de la trama de significados, el símbolo dominante pone a las normas éticas y jurídicas de la sociedad en estrecho contacto con fuertes estímulos emocionales”. El artículo resulta interesante si consideramos la dinámica que postulan las diversas vertientes a propósito de la globalización, en las cuales se identifica a esta a través del continuo intercambio de formas simbólicas entre distintas regiones del mundo, las cuales quedan atravesadas por la reconfiguración constante de referentes por la presencia de una revolución en la tecnologías de información y comunicación. El texto nos propone una doble vertiente, la que explora el autor cuando analiza el papel de ritual político como reproductor de una semántica del poder, vista de manera estática por autores como Steven Lukes, y por otra en una vertiente en un terreno más complejo a través de Clifford Gertz por medio de la introducción de un concepto en el que la dislocación social y la reintegración ponen de manifiesto situaciones de carácter contradictorio entre lo simbólico y la acción política, muy propias de la dinámica globalizadora pues se afirma que la “... separación analítica de esferas de integración permite distinguir por un lado, a la cultura como producción de significaciones y símbolos, como la esfera de las creencias y los valores, y por otro, a la estructura de la acción social...”. Así, un cambio en las creencias políticas puede resultar incoherente con una estructura de interacción política, lo que muy puede bien venir al caso mexicano donde en la transición, si bien es cierto se

reconocen ciertos déficits en cuanto a la extensión de los valores de la legitimidad democrática perviven estructuras y rituales autoritarios en ámbitos como el sindical, el partidario y más aún en conflictos como el que se manifiesta en estos días desde las estructuras gubernamentales. En todo caso afirma el autor resultará interesante investigar cómo los rituales de poder construyen lazos de solidaridad política aun en la ausencia de un consenso en las creencias y valores. El artículo nos presenta un cierto paralelismo con Benedic Anderson y su texto *Comunidades imaginarias* en el que la dimensión simbólica es mostrada como un elemento de cardinal importancia en la construcción del Estado/nación y como en ello ocupa un lugar central al ritual del poder para ubicar precisamente los espacios sociales significativos que proporcionan un sentido subjetivo de pertenencia, identidad a la vez que de control político, es decir de una visión de la nación y el poder como una construcción cultural.

Esta temática, a propósito de los flujos e intercambios simbólicos y la preocupación que genera en términos de interrogantes a propósito de como ello genera impactos en la acción de actores concretos, encuentra en el artículo de Debora Bretisey una aproximación a un estudio de caso a propósito de la presencia de trabajadores migrantes uruguayos hacia argentina a través del análisis de los discursos en los actores sociales ante el proceso de integración regional del MERCOSUR a lo largo de la franja fronteriza Encarnación/Posadas. Se trata de una indagatoria precisamente a propósito de la reformulación de la comunidad imaginaria de lo nacional en la frontera argentino/paraguaya, una disputa simbólica local que sin embargo no puede dejar de ser enmarcada en la dinámica contemporánea marcada por las fuertes tendencias migratorias entre países y regiones. El carácter conflictivo no deja de estar asociado a los incentivos que proporciona la identidad, pues como señala la autora “ para las clases populares del lado argentino la nación solo comenzó a asumir un carácter más concreto cuando se extendieron los derechos laborales y sociales que han dado contenido al ser argentino” un sentimiento que en el entorno de precariedad social reconfigura la percepción de las otras naciones y/o regiones a través de la percepción de su nivel de desarrollo en términos de la ponderación de desventajas y beneficios a obtener a través de la integración regional. La conclusión del artículo no deja de ser tentadora cuando hoy día se pondera, por la más estricta lógica de mercado y sus defensores, que las fronteras tienden a desvanecerse para permitir el paso de productos y, acaso, permitir el flujo selectivo de personas, pues dice la autora “ lejos de desaparecer las fronteras estatales en el marco del proceso de integración MERCOSUR, existen ciertos espacios fronterizos donde se produce un reforzamiento y una redefinición de los límites políticos a

través de las prácticas y discursos de un conjunto de actores locales que, en un marco conflictivo y cargado de tensiones, hacen y deshacen las fronteras de la integración.”

Al hacer una acotación precisa para tipificar las características de formas de movilización que surgen de forma esporádica, acotadas por intereses particulares e individuos en ámbitos muy locales como el barrio de Clavería en el Distrito Federal, Juan Mora y Raúl Rodríguez nos entregan el resultado de un estudio de caso, Todos en la colonia nos conocemos: la movilización de clases medias en Clavería, trabajo abocado, como lo señalan sus autores, a indagar el papel que desempeña la tradición asociativa cotidiana en el origen y proceso de una acción colectiva frente a la intención de construcción de una unidad habitacional, un componente que genera el trasfondo ideológico ante el temor de lo que significa la presencia de extraños en el modo de vida al que se encuentran habituados los residentes del barrio. A partir de ello los autores identifican cinco dimensiones en la constitución de la respuesta ante la situación, las cuales terminan por ser elementos básicos para entender algunos mecanismos de la sociabilidad, así una primera son los intereses, sentimientos y valores, los cuales conforman dimensiones que al enfrentarse a situaciones de cambio remiten a la cotidianidad como referente de comparación ante nuevas circunstancias derivadas de la urbanización. La segunda está dado por las características de la vivienda, vistas como distribución de espacios que permiten modos específicos de convivencia así como la preservación de los servicios públicos. La tercera son los lugares de encuentro generadores de identidad como la iglesia y el parque. La cuarta es la ausencia de filiación partidaria, condicionada incluso a la defensa de la propiedad o la tranquilidad ante la eventual construcción del condominio. Y la quinta, el compartir un interés común, el “no a la construcción de condominios”. Los autores nos colocan frente a un caso que, marcado por la defensa de intereses individuales, termina en alguna forma por dar cuenta de la forma en que intereses de carácter muy inmediato, manifestados por la defensa de un modo de vida, terminan por constituir los umbrales de la desconfianza hacia la necesaria diferenciación valorativa propia de la vida moderna.

Ante los eventos y situaciones de carácter inédito dados durante las últimas tres décadas y la consecuente revaloración teórica de la ciencia social se ha planteado el reconocimiento de la complejidad de la realidad y la necesidad de superar la perspectiva que coloca el objeto como una exterioridad al sujeto, un fundamento bajo el cual se construyeron diversos abordajes teóricos en la ciencia social y su sustitución por nociones en las cuales la inestabilidad y la contingencia son ponderados. Sucede así con un término como el de complejidad, idea que aparece hoy día de manera recurrente cuando con ello se

quiere caracterizar la simultaneidad en la relación de los elementos y posibilidades de la acelerada diferenciación funcional del sistema social que, se dice, opera como unidad global posibilitando distintos cursos de acción para los individuos. Reflexividad ha sido otro de los términos con los que se ubican las posibilidades de autoobservación del sistema social, en ocasiones desde la perspectiva de teoría de los sistemas y/o en convergencia con perspectivas fenomenológicas. Aproximaciones a estas temáticas, que implican una reflexión sobre las condiciones de la teoría social y las dimensiones constitutivas de nuestro presente social son llevadas a cabo en la sección Varia sociológica y Notas y traducciones. En la sección Varia sociológica, Rafael Farfán proporciona una acuciosa revisión de la obra de Pierre Bourdieu “en su artículo Sobre la naturaleza práctico-social del conocimiento social”, analizando los alcances y limitaciones en la pretensión de Bourdieu por constituir una sociología reflexiva y rastreando los ejes conductores y articuladores trazados desde el estructuralismo francés de Michel Foucault, pasando por las influencias del racionalismo kantiano en la construcción y producción discursiva de la sociología como acto social, la indagatoria gira así sobre la lógica expositiva del quehacer del sociólogo con su objeto de estudio y de la forma en que la práctica científica se constituye a partir de la teoría realizada, el artículo nos aproxima al concepto de reflexividad de Bourdieu al proponer sus implicaciones en el saber discursivo y práctico de la sociología en el nivel metodológico, epistemológico y ético/político.

Ramfis Ayus, Jon Elster, Bruno P.W. Reis nos brindan excelentes materiales representativos de temáticas que van desde la revisión de la cultura teórica en sociología, la explicación de los mecanismos sociales en las cadenas de causalidad de eventos, así como de una revisión del concepto de clases sociales bajo la óptica de la acción colectiva, esta sección concluye con la traducción de José Luis Piñeyro a una conversación entre Ulrich Beck y Danilo Zolo sobre la Sociedad Global del Riesgo y la problemática e interrogantes que ello presenta en los niveles económico, político/estatal, cultural, etc. Así, este número de sociología nos proporciona un punto de referencia para la discusión a propósito de la acción colectiva, así como para la continuidad en la generación de interrogantes e interpretaciones desde las aproximaciones y conceptualizaciones más variadas.